

Bibliografía

LOS ESLABONES DE LA CADENA 1939-1945

El testimonio de un prisionero de guerra

Florianne Truninger, autora de la siguiente reseña, nos ha abandonado, víctima de la enfermedad. Encargada de las investigaciones en el Departamento de Doctrina, Derecho y Relaciones con el Movimiento, era una colaboradora competente, motivada y dedicada a la causa de la Cruz Roja. El CICR la recordará siempre con emoción.

Les Maillons de la chaîne (*Los eslabones de la cadena*) es el relato «de las vacaciones forzadas a costa del III Reich» de Henry Goldstein, prisionero de guerra belga, capturado en mayo de 1940 por los alemanes durante la invasión de Bélgica.*

El autor empieza diciendo: «Fui, por la fuerza de las circunstancias, a causa de los alemanes, un prisionero distinto de los demás, pero esto solo me concernía a mí». En efecto, se había percatado de que llevaba un apellido germánico de origen judío y que los alemanes no iban a tener ninguna dificultad en considerarlo como un enemigo del III Reich. «Esta diferencia era importante y me seguía por todas partes, como mi sombra en un día soleado».

Henry Goldstein tuvo la suerte de obtener el estatuto de prisionero de guerra en Alemania y de gozar de la protección del Convenio de Ginebra de 1929 sobre el trato debido a los prisioneros de guerra, que no admite más diferencia de trato entre los prisioneros que las relativas a la graduación, el estado de salud o las aptitudes profesionales. Su estatuto de prisionero de guerra le iba a permitir escapar de la empresa de exterminación de judíos más siniestra de todos los tiempos.

Henry Goldstein fue clasificado desde el momento de su llegada a los campos alemanes: se dio cuenta de que su ficha de prisionero era amarilla, mientras las de los demás prisioneros belgas eran azules. Su condición de judío, anotada en su ficha, lo persiguió a lo largo de las vicisitudes de su

* Henry Goldstein, *Les Maillons de la chaîne*, 1939-1945, Editions Dricot, Liège-Bressoux, 1992, tomo I, *Récit vécu*, 495 páginas; tomo II, *La descente en enfer*, 431 páginas; prefacio del profesor Yves Durand de la Universidad de Orleans — La Source, Francia.

cautiverio. Esto le valió una estadía primero en el campo disciplinario de Colditz, donde pasó ocho terribles y largos meses encerrado en un calabozo, separado de sus compañeros belgas. Colocado bajo la autoridad exclusiva de los alemanes, se vio obligado a cambiar su uniforme militar por uno de trabajo totalmente anónimo, lo que es contrario al Convenio de Ginebra.

Transferido a Eichstätt en Baviera, trabajó como peón en un acantonamiento alemán, a pesar de la intervención del oficial belga de mayor graduación. Decisión contraria al Convenio de Ginebra, que tomaron simples soldados.

Trasladado de Stalags (campos generales) a Oflags (campos para oficiales), Goldstein relata, no sin humorismo, la vida en ellos, donde los parásitos y el aburrimiento eran el pan cotidiano, pero también los momentos de descanso en la enfermería, los testimonios de solidaridad de los compañeros con los paquetes de la Cruz Roja.

Después, en el norte de Alemania, fue destinado al puesto de mando del Stalag XB, situado en el centro del puerto franco de Hamburgo, y asignado al mantenimiento de los productos destinados al abastecimiento de la ciudad. Es esta tal vez la mejor parte del libro, en la que Goldstein cuenta lo que pudo haber de «pintoresco» en su cautiverio y en el de sus compañeros. El autor evoca, sobre todo, la ingeniosidad de los prisioneros para transformar su local en un verdadero hogar, abastecerse de carbón, saquear el puerto franco, ganarse la confianza de sus guardianes, que hacían la vista gorda ante los hurtos que perpetraban en el puerto. Estamos lejos, evidentemente, de la clásica imagen del prisionero ocioso tras las alambradas o que pasa tranquilamente su tiempo en una granja.

Pero, al mismo tiempo, nos hace compartir la vida de los habitantes de la ciudad de Hamburgo, bombardeada por la aviación aliada. Fue en esos momentos cruciales cuando entabló contactos, e incluso amistad, con civiles alemanes. Magníficas figuras de mujeres y de hombres alemanes (empleadores, guardianes, amantes), surgen al lado de personajes abyectos.

Y es verdad que, a medida que se prolongaba la guerra, que aumentaba la lista de muertos y heridos, que la movilización de los jóvenes, y luego de los menos jóvenes, hacía disminuir la masa de trabajadores alemanes, los prisioneros «representaban una fuerza económica vital, sin la cual muchas actividades no hubieran sido posibles». De modo que las relaciones con los patrones se humanizaron y, a medida que las fuerzas armadas del Reich sufrían derrotas militares y que el país era bombardeado intensamente, la situación de los prisioneros fue mejorando.

La vida de Goldstein estaba llena de altibajos. Su encuentro con unos deportados del campo de concentración de Neuengamme, a 23 km de Hamburgo, fue una pesadilla. El autor quedó horrorizado, pensando en la suerte que le hubiera podido tocar, a la vista de esos prisioneros, absolutamente desnutridos y con la mirada extraviada, obligados a realizar un trabajo sobrehumano, que apenas podían tenerse en pie en su uniforme a rayas.

Hacia el final de la guerra, el destino se ensañó nuevamente con él. El Estado Mayor alemán, temiendo sin duda sabotajes de los enemigos del

Reich, lo transfirieron al puesto de mando de represalias 1446 para prisioneros de guerra franceses de Himmelmorr, cerca de Quickborn, donde tuvo que trabajar en las turberas, en condiciones tremendas. Aquí fue finalmente liberado por el ejército británico del mariscal Montgomery.

La obra de Henry Goldstein se lee con pasión, está llena de innumerables y valiosísimas informaciones sobre la existencia y la vida cotidiana en los campos. Es un testimonio vivo, instructivo, rico en detalles divertidos y dramáticos, lleno de humor, escrito con naturalidad y sencillez. «Lo que cuento de mi existencia —aclara Henry Goldstein— durante esos años dramáticos, no tuvo nunca la menor interrupción. Mi vida siguió como una cadena sin fin en que cada eslabón lleva irremisiblemente al siguiente».

Les Maillons de la chaîne reproduce bien, en su veracidad, su realismo, su patetismo y su pintoresquismo, cinco años de cautiverio en territorio enemigo.

Florianne Truninger†
